CHARLESMAN

CHARLES ALEXANDER SABLICH HUAMANI

PARA CHARLES EMANUEL SABLICH VERA

⚡ Charlesman en Nueva York: La Rebelión Atómica ⚡

Capítulo 1: Llegada a la Gran Manzana

Charlesman viaja con su madrina Valvi Star a Nueva York. La ciudad brilla bajo las luces de Times Square, pero pronto descubre que el desierto no es el único lugar donde las sombras conspiran. Algo se mueve entre las calles del Bronx: rumores de un ejército que no respira, que no piensa… solo obedece.

Capítulo 2: El eco del Bronx ⚡

Durante una patrulla con Valvi Star, Charlesman enfrenta por primera vez a los Hombres de Reacción Atómica Rusos. Sus cuerpos, envueltos en radiación azulada, resisten los golpes y regeneran sus heridas. Valvi logra detener a algunos mediante hipnosis, pero descubre que hay una mente superior detrás de ellos.

Capítulo 3: Sombras en Times Square

Un ataque sorpresivo paraliza el corazón de Nueva York. Times Square se convierte en un campo de batalla de neón y humo. Charlesman utiliza el Cristal-X para salvar a civiles atrapados entre los rascacielos, mientras Valvi combate en lo alto de las pantallas gigantes, enfrentando a un escuadrón atómico.

Capítulo 4: La guarida bajo el Bronx

Siguiendo las huellas radiactivas, Charlesman descubre un laboratorio secreto bajo el Bronx. Allí se revela la verdad: los rusos buscan reactivar un reactor experimental escondido en Manhattan desde la Guerra Fría, capaz de convertir a la ciudad en un arsenal viviente.

Capítulo 5: El Puente en Llamas

Los Hombres de Reacción Atómica lanzan un ataque devastador en el Puente de Brooklyn. Charlesman, apenas un niño, debe contener la destrucción, salvando a cientos de autos suspendidos sobre el río. La estatua de la libertad brilla a lo lejos, como un recordatorio de lo que está en juego.

Capítulo 6: Valvi contra el General Atómico

Valvi Star enfrenta al líder del ejército: el **General Atómico**, un excomandante ruso transformado en un ser de pura radiación. Con sus poderes de hipnosis, intenta penetrar en su mente, pero descubre que él es capaz de resistir… y contraatacar. La batalla revela que Charlesman es el verdadero objetivo.

Capítulo 7: El secreto de la Estatua de la Libertad

El General Atómico activa un plan siniestro: usar la Estatua de la Libertad como antena para expandir una onda radiactiva que doblegará a toda Nueva York. Charlesman sube al monumento, peleando entre las escaleras y la corona, mientras el Cristal-X comienza a resonar con una energía desconocida.

Capítulo 8: Manhattan en ruinas

La ciudad cae en caos. Los Hombres de Reacción Atómica marchan por las avenidas, y los rascacielos reflejan la batalla como espejos rotos. Charlesman debe combinar su fuerza con la de Valvi, sincronizando el Cristal-X con sus poderes de hipnosis, para sembrar confusión entre el ejército enemigo.

Capítulo 9: El amanecer en Central Park

La batalla final se traslada a Central Park, donde el General Atómico activa el reactor subterráneo. Charlesman invoca todo el poder del Cristal-X y se eleva en un destello dorado, enfrentando al general en un duelo que sacude los árboles y parte el suelo en dos.

Capítulo 10: El juramento bajo la Libertad

El amanecer llega. La Estatua de la Libertad se alza intacta tras la batalla, bañada en luz dorada. Los Hombres de Reacción Atómica se desintegran en polvo azul, sellados por el poder del Cristal. Valvi abraza a Charlesman, orgullosa de su ahijado. Pero en el horizonte, un eco frío advierte: “La guerra atómica nunca terminó… solo cambió de forma.”

Charlesman levanta el puño, mirando a su madrina y a la ciudad que ha jurado proteger. Nueva York tiene ahora un nuevo guardián.

Cierre de saga:

Charlesman, el niño de 9 años que venció a las arenas de Nasca, ahora ha salvado Nueva York de un ejército atómico. Sin embargo, el Cristal-X ha absorbido parte de la radiación… y murmura con un poder extraño, como si lo preparara para una amenaza aún mayor.

Capítulo 1: Llegada a la Gran Manzana

El avión descendía lentamente hacia el aeropuerto JFK, y la ciudad apareció bajo las nubes como un sueño metálico. Rascacielos de acero y cristal se alzaban como lanzas contra el cielo grisáceo; los puentes colgantes atravesaban ríos como venas de hierro, y las luces titilaban en un resplandor que parecía no descansar jamás.

Charlesman, con sus nueve años y el Cristal-X oculto bajo la manga de su chaqueta, observaba por la ventanilla con la boca entreabierta. Había enfrentado tormentas de arena, guardianes ancestrales y ejércitos que surgían del desierto… pero nunca había visto algo tan colosal como la ciudad que se desplegaba ante él.

—Bienvenido a Nueva York, ahijado —dijo Valvi Star, con una sonrisa que no disimulaba la tensión de su mirada. Su cabello negro recogido brillaba bajo la luz del avión, y en sus ojos resplandecía la seguridad de alguien que sabía dominar las mentes, pero que también entendía la magnitud de la amenaza que los traía hasta allí—. Aquí la arena no es el enemigo… aquí el enemigo se esconde en las sombras de acero.

Cuando bajaron, el ruido los envolvió como un océano. Sirenas, cláxones, voces en decenas de idiomas. La Gran Manzana vibraba con una energía distinta, caótica y fascinante. Max, el perro de ojos rojos y pelaje oscuro, saltó del transportín con un gruñido emocionado, olfateando cada esquina como si el concreto le contara historias.

Caminaron entre taxis amarillos y carteles luminosos hasta llegar a Times Square. El corazón de la ciudad ardía con pantallas gigantes que proyectaban imágenes de películas, desfiles de moda y noticias sin descanso. Charlesman se giraba en todas direcciones, sintiendo que cada luz quería atraparlo.

—Es como estar en medio de mil soles —dijo, maravillado.

Valvi se inclinó hacia él y bajó la voz.

—Y también como estar en medio de mil ojos. Nunca olvides, Charles: aquí siempre alguien está mirando.

Esa noche, mientras cruzaban hacia el Bronx, la ciudad cambió de rostro. Los rascacielos luminosos quedaron atrás, y las calles se estrecharon en hileras de edificios de ladrillo, con grafitis que parecían gritar desde las paredes. La música de rap salía de algún balcón, mezclada con el humo de los puestos de comida callejera y el rugido de motocicletas que cruzaban como sombras fugaces.

Charlesman miró con curiosidad los murales pintados con rostros de héroes del barrio, y también las ventanas cerradas con rejas metálicas. Había vida en cada esquina, pero también un silencio extraño que se colaba entre los sonidos.

Max se detuvo de golpe, erizando el pelaje. Sus ojos rojos brillaron bajo la luz mortecina de una farola. Charlesman sintió el palpitar del Cristal-X en su brazo. Algo invisible recorría las calles, como un eco radiactivo.

—Lo sientes, ¿verdad? —preguntó Valvi, con un tono grave.

Charlesman asintió. El aire tenía un peso extraño, como si lo atravesara una corriente invisible. No era arena, no era viento… era energía.

De pronto, en un callejón estrecho, las sombras se movieron. Charlesman entrecerró los ojos y vio lo imposible: tres figuras emergían de entre los ladrillos, como si fueran humo solidificado. Tenían cuerpos humanos, pero sus pieles brillaban con un resplandor azulado, como si estuvieran hechos de fuego congelado. Sus ojos eran vacíos incandescentes, y sus movimientos, lentos pero inevitables.

—Los Hombres de Reacción Atómica… —murmuró Valvi Star, entrecerrando los ojos.

Los tres avanzaron sin prisa, como si no hubiera nada en el mundo capaz de detenerlos. Uno de ellos levantó la mano y, al instante, la pared del callejón comenzó a desmoronarse, corroída por una radiación invisible.

Charlesman dio un paso adelante.

—No permitiré que destruyan esta ciudad.

El Cristal-X ardió en su brazo, proyectando un resplandor dorado que iluminó las paredes grafiteadas. Max gruñó, preparado para atacar, mientras Valvi alzó la mirada y dejó que sus ojos brillaran con un fulgor plateado.

Con un gesto, ella susurró:

—Mírenme… obedezcan…

Los tres hombres radiactivos titubearon, tambaleándose bajo el influjo de su hipnosis. Uno bajó los brazos, otro se detuvo en seco. Pero el tercero, el más grande, resistió. Su mirada ardió más fuerte, y un rugido metálico escapó de su pecho.

La calle se llenó de un zumbido grave, como el de una máquina despertando después de décadas de silencio.

Charlesman apretó el puño cristalino.

—Entonces, que empiece aquí… la batalla por Nueva York.

Y en ese instante, el Bronx tembló. No por un terremoto, ni por el metro subterráneo. Tembló porque los enemigos habían llegado 🚀.

GTX

Capítulo 2: El eco del Bronx ⚡

El zumbido crecía. No era un ruido normal: vibraba en los huesos, en el aire, en la piel. Era como si el barrio entero respirara con dificultad. Los postes de luz chisporrotearon, y los grafitis en las paredes parecían agitarse bajo el resplandor azulado que salía de los tres intrusos.

Max gruñó, su pelaje erizado, y un destello rojo iluminó sus ojos como dos carbones encendidos. Valvi Star extendió las manos con un gesto elegante y letal, su mirada brillando con el fulgor plateado de su hipnosis.

—Mírenme… —susurró con voz firme, que retumbó como un eco en la mente de los enemigos—. Obedezcan.

Los dos más pequeños vacilaron. Sus cuerpos irradiaban chispas azules, pero sus movimientos se volvieron torpes, como si un peso invisible los encadenara. El más grande, en cambio, se rió. Fue un sonido frío, metálico, como si el acero se quebrara.

—Tu mente no puede con nosotros —gruñó, su voz reverberando como el estallido de un reactor.

Charlesman dio un paso adelante. El Cristal-X palpitó en su brazo, y el callejón se iluminó con un resplandor dorado. La radiación del enemigo y la energía cristalina chocaron en el aire, creando un crujido eléctrico que partió la noche.

—Entonces probemos con otra cosa —dijo el niño, apretando el puño.

El primero de los Hombres de Reacción Atómica se lanzó contra él, sus brazos resplandeciendo como si fueran barras de plutonio al rojo vivo. Charlesman esquivó, rodando sobre el suelo, y al golpear con su brazo cristalino liberó un haz dorado que partió el pavimento. El asfalto se quebró en un círculo perfecto, lanzando al enemigo contra una pared.

El segundo, aún bajo el influjo de Valvi, trató de resistirse. Ella lo miró fijamente, sus ojos plateados brillando con una fuerza sobrenatural.

—Duerme —ordenó.

El hombre cayó de rodillas, y su cuerpo se deshizo en humo radiactivo que se dispersó en el aire.

Pero el líder avanzó. Cada paso suyo hacía vibrar el suelo, y las farolas se apagaban a medida que pasaba. Extendió los brazos y una ola de energía azulada se expandió como un incendio invisible. El metal de los autos cercanos comenzó a derretirse.

—¡Cuidado! —gritó Charlesman.

Max saltó hacia adelante, lanzando un rayo láser desde sus ojos. El impacto golpeó el pecho del coloso radiactivo, pero este apenas se inmutó. Con un movimiento brusco, apartó al perro contra un muro. Max cayó, gimió, y sus ojos aún brillaban de furia.

El niño sintió un nudo en el estómago.

—¡No toques a mi amigo!

El Cristal-X ardió con tanta intensidad que la luz dorada se expandió como un sol en miniatura. Charlesman golpeó el suelo con el brazo, y una onda expansiva salió disparada por el callejón, levantando escombros y lanzando al enemigo contra un contenedor metálico.

Por un momento, el silencio regresó. El Bronx parecía contener la respiración. Pero entonces, el coloso se levantó entre las chispas, su silueta aún más grande, más radiante, como si hubiera absorbido la energía del impacto.

—¿Lo ves, niño? —rugió—. Somos reacción. Entre más nos atacas… más fuertes nos volvemos.

Charlesman retrocedió, sintiendo la desesperación treparle por el pecho. Valvi lo sostuvo por el hombro. Sus ojos brillaban, pero su voz era suave, casi maternal:

—No lo olvides, Charles. No todo se vence con fuerza. Ellos responden a estímulos. Su poder es reacción… pero la mente siempre puede encontrar la grieta.

El niño respiró profundo. El eco de las palabras de Valvi y el latido del Cristal-X se unieron. Cerró los ojos por un instante y, en lugar de lanzar otro ataque directo, dirigió la energía hacia las paredes del callejón. El ladrillo y el concreto comenzaron a brillar con líneas doradas que se entrelazaban como un nuevo geoglifo improvisado.

El coloso avanzó confiado. No esperaba que el suelo bajo sus pies brillara de pronto.

Charlesman abrió los ojos.

—¡Ahora!

El patrón dorado explotó en un resplandor que no lo golpeó, sino que lo atrapó. La energía no lo destruyó, la confinó. Como una jaula de luz, cerró el paso a la radiación y lo obligó a retroceder. El enemigo rugió, golpeando la prisión invisible, pero esta lo comprimía cada vez más.

Valvi se acercó, su voz retumbando con poder hipnótico:
—Duerme, coloso. Regresa a la oscuridad de donde viniste.

El hombre radiactivo se agitó, sus ojos brillando como reactores al borde de estallar. Pero poco a poco, la hipnosis y la jaula energética se cerraron sobre él. Su cuerpo se deshizo en una nube azulada que se dispersó entre las luces mortecinas del Bronx.

El silencio volvió.

Charlesman jadeaba, con el brazo temblando y el Cristal-X apagándose poco a poco. Max cojeaba, pero se acercó a lamerle la mano, leal como siempre.

Valvi miró al cielo nocturno, donde las luces de Manhattan resplandecían a lo lejos.
—Esto fue solo un avance, Charles. Si los rusos enviaron a estos hombres aquí… significa que algo mucho más grande se está moviendo.

El niño apretó el puño cristalino, mirando hacia el horizonte donde la Estatua de la Libertad se recortaba como una sombra protectora.

—Entonces que vengan. Nueva York no caerá mientras yo esté aquí.

Y en algún lugar de la ciudad, como respuesta a sus palabras, otro eco metálico rugió en la distancia.

El Bronx había sido solo el primer aviso ⚡.

Capítulo 3: Sombras en Manhattan

La ciudad no dormía.

Las luces de Manhattan brillaban como un enjambre de estrellas caídas a la Tierra: rascacielos de vidrio, pantallas gigantes en Times Square, taxis amarillos que rugían como abejas inquietas. Pero, entre tanta vida, Charlesman sentía un peso extraño. No era el bullicio de Nueva York lo que lo inquietaba, sino algo más profundo… un murmullo que vibraba bajo el suelo.

Caminar junto a Valvi Star por la Quinta Avenida era como ser parte de un mundo que no los veía. Ella, elegante, con su chaqueta negra ondeando bajo el viento nocturno, parecía una sombra que flotaba entre la multitud. Charlesman, con su brazo oculto bajo la manga, miraba hacia arriba: las torres parecían no tener fin, como lanzas clavadas en el cielo.

—¿Lo sientes? —preguntó ella, con voz baja.

Él asintió. El Cristal-X palpitaba, no con la calma de un corazón, sino con la urgencia de una alarma.

—Debajo de nosotros… —murmuró el niño.

Un estruendo metálico recorrió la calle, tan sutil que nadie más pareció notarlo. Los transeúntes siguieron su camino, los autos tocaron bocina, pero para Charlesman fue como un grito oculto.

Valvi lo guió hacia un callejón, lejos de los neones. Se detuvieron frente a una reja oxidada que descendía hacia el metro.

—Si los Hombres de Reacción Atómica quieren pasar desapercibidos en Nueva York, lo harán donde nadie mire: bajo los pies de millones.

El aire en los túneles era denso, cargado de humedad y olor a hierro oxidado. El eco de las vías retumbaba como un lamento. Max, siempre alerta, gruñía bajito, sus ojos rojos brillando en la penumbra.

Caminaron entre sombras y grafitis que parecían ojos vigilantes. Charlesman rozaba las paredes con el brazo cristalino, y las superficies vibraban como si respondieran. Allí abajo, la energía atómica dejaba un rastro invisible, pero el Cristal lo traducía en pulsos.

De pronto, Valvi se detuvo.

—Silencio.

Un murmullo metálico resonó al fondo del túnel. No era un tren. Era un coro de voces profundas, sincronizadas como si miles de hombres respiraran al unísono. El resplandor azul comenzó a filtrarse entre las grietas, iluminando la oscuridad como un fuego fatuo.

Charlesman se asomó y lo vio: en una bóveda subterránea, bajo el corazón de Manhattan, los Hombres de Reacción Atómica trabajaban. Decenas de ellos, conectados por cables que se hundían en sus espaldas, alimentaban una

máquina colosal. Era una esfera de acero y cristal, flotando sobre un campo electromagnético, que pulsaba con un resplandor cegador.

—Un reactor… —susurró Valvi, con los ojos abiertos de par en par—. Están construyendo un sol en el subsuelo.

Charlesman apretó los dientes. El Cristal-X ardía, como si quisiera lanzarse de inmediato contra la amenaza.

—¿Qué pasa si lo terminan?

Valvi lo miró con seriedad.

—No sería solo Nueva York, Charles. La reacción podría tragarse la costa entera.

El niño tragó saliva. El destino de millones dependía de ellos.

De pronto, Max ladró. No estaba advirtiendo: estaba atacando. Dos figuras metálicas emergieron de la sombra, guardianes del reactor. Sus ojos azules ardían como faros, y sus cuerpos desprendían calor radiactivo que hacía vibrar los rieles bajo sus pies.

Uno se abalanzó sobre Valvi, que lo recibió con la calma de una maestra.

—Mírame.

El hombre titubeó, su energía osciló, pero el segundo rugió y lanzó un haz de radiación directa contra Charlesman. El niño levantó el brazo. El Cristal-X respondió con un estallido dorado, y la colisión iluminó el túnel con un relámpago que sacudió el techo. Pedazos de concreto cayeron, y el eco se expandió por kilómetros.

Valvi controló a su enemigo, obligándolo a doblar la rodilla, mientras Charlesman empujaba contra el suyo en un duelo de energías. El calor era insoportable, el aire chisporroteaba como fuego líquido.

Finalmente, el niño cambió de estrategia: en lugar de resistir, redirigió el golpe. El rayo azul rebotó contra una pared, chocó con el segundo guardián y lo desintegró en una nube de humo radiactivo.

El túnel quedó en silencio, pero no por mucho. Desde la bóveda, las decenas de Hombres de Reacción Atómica levantaron la cabeza al mismo tiempo. Sus ojos brillaron en sincronía.

—Nos descubrieron —susurró Valvi.

Charlesman tragó saliva, mirando el ejército que despertaba en las entrañas de Manhattan.
—Entonces empieza la verdadera guerra.

Y mientras los pasos metálicos se multiplicaban en la oscuridad, el reactor en el centro de la bóveda latía como un corazón monstruoso, cada vez más cerca de encenderse.

Capítulo 4: El reactor oculto ⚡

El rugido metálico llenó la bóveda subterránea como un trueno que no tenía fin. Decenas de pasos sincronizados golpeaban el suelo, haciendo vibrar los rieles oxidados. Desde todos los túneles adyacentes, los Hombres de Reacción Atómica se alzaban, sus ojos azules encendidos como antorchas nucleares en la oscuridad.

En el centro de la sala, flotando como un sol artificial, el reactor brillaba con un pulso cada vez más rápido. Cada destello arrancaba sombras violentas en las paredes, como si el mismo monstruo estuviera respirando.

Charlesman apretó el puño. El Cristal-X latía en su brazo como una estrella en miniatura, pero sabía que no era suficiente. Si el reactor alcanzaba la masa crítica, no habría batalla que ganar: Nueva York entera sería borrada.

—Valvi… —dijo, jadeante—. Debo llegar a esa máquina.

Su madrina lo miró con gravedad, con sus ojos encendidos en un brillo hipnótico.

—Hazlo. Yo me encargo de ellos.

La primera oleada se lanzó contra ellos. Eran gigantes de metal y arena radiactiva, con movimientos mecánicos y precisos. Valvi avanzó sin miedo, levantando la mano.

—¡Mírenme!

Su voz cortó el aire como un canto encantado. Varios enemigos se detuvieron de golpe, sus ojos temblaron y, bajo su influencia, comenzaron a girarse unos contra otros. En cuestión de segundos, la hipnosis había sembrado el caos en las filas enemigas: brazos metálicos chocaban, torsos radiactivos explotaban en chispas al chocar entre sí.

—¡Charles, ahora! —gritó Valvi, conteniendo a la horda con su mente.

El niño corrió. El suelo vibraba bajo sus pies, la energía del reactor lo repelía como un campo invisible, pero el Cristal-X respondía, abriendo un camino. Cada paso era una lucha contra el calor y la presión que emanaba de la esfera suspendida.

Max lo siguió, lanzando ráfagas de luz roja contra los enemigos que lograban escapar de la hipnosis de Valvi.

Charlesman saltó sobre un bloque de concreto caído y estiró su brazo cristalino hacia el núcleo de la máquina.

—Cristal-X… muéstrame cómo detener esto.

Un torrente de imágenes invadió su mente: átomos girando como tormentas, cadenas de reacción multiplicándose, líneas de energía que parecían infinitas. Sintió que el reactor no era solo tecnología rusa… había algo más, un eco antiguo, un diseño que resonaba con la misma fuerza de las arenas de Nasca.

—¡No es solo una bomba… es un portal! —susurró, horrorizado.

Antes de que pudiera actuar, una garra metálica lo sujetó del hombro. Un Hombre de Reacción Atómica más alto que los demás lo había alcanzado, con su rostro sin boca y ojos ardiendo. Charlesman gritó y liberó un destello dorado que lo lanzó contra una pared, pero el impacto sacudió toda la bóveda.

El reactor reaccionó. Su pulso se aceleró como un corazón desbocado. Cables comenzaron a chisporrotear y el aire se llenó de un silbido insoportable.

—¡Charles! —gritó Valvi, derribando a otro enemigo con su hipnosis, aunque gotas de sudor corrían por su frente—. ¡Hazlo ya o se acabó todo!

Charlesman extendió el brazo, con el corazón latiendo como un tambor. El Cristal-X se fusionó con el campo del reactor. La energía lo atravesó como fuego líquido, arrancándole un grito. Sintió que iba a romperse, que su cuerpo no resistiría… pero entonces lo entendió.

No debía destruirlo.

Debía reescribirlo.

El Cristal comenzó a grabar nuevas líneas en el núcleo, transformando el patrón caótico en uno estable. Los destellos azules se tornaron dorados, las vibraciones se suavizaron, y poco a poco el reactor dejó de rugir como una bestia.

En ese instante, Valvi cayó de rodillas. Su hipnosis había mantenido a raya a decenas de enemigos, pero ya no podía más. Los pocos que quedaban libres se abalanzaron sobre ella.

Charlesman, aún conectado al reactor, gritó con toda su fuerza. Una onda expansiva dorada estalló desde el núcleo, arrasando con los Hombres de Reacción Atómica como si fueran polvo radiactivo. El suelo tembló, el techo crujió, y el eco se extendió por kilómetros.

Silencio.

Charlesman cayó de rodillas, exhausto, con humo saliendo de su brazo cristalino. Valvi lo alcanzó, sujetándolo antes de que se desplomara por completo.

El reactor, ahora apagado, flotaba en calma. Pero sus grabados brillaban débilmente con símbolos que ninguno de los dos había visto antes.

Valvi susurró, con la voz quebrada:

—No era un arma… era una puerta.

Charlesman levantó la vista, con los ojos llenos de temor y determinación.

—Y alguien del otro lado… casi la abrió.

Capítulo 5: El susurro del Hudson

La noche había caído sobre Nueva York, pero la ciudad no descansaba. Tras la frenética batalla bajo Manhattan, un silencio incómodo se extendía por las calles, como si el eco del reactor aún vibrara bajo el asfalto.

En la orilla del río Hudson, los muelles crujían con un sonido que no era normal. El agua golpeaba contra la madera con un ritmo extraño, como si obedeciera a un pulso oculto. Las olas se alzaban, no por el viento, sino por una fuerza subterránea que agitaba el río desde dentro.

Charlesman observaba desde un muelle oxidado, con Max a su lado. Su brazo cristalino brillaba débilmente, reaccionando cada vez que el agua formaba remolinos que parecían dibujar símbolos.

—No es solo agua… —murmuró, con la voz cargada de inquietud—. Es el mismo eco que sentí en el reactor.

Valvi Star estaba detrás de él, con su abrigo ondeando bajo la brisa fría. Sus ojos aún mostraban el cansancio de la batalla, pero también el filo de alguien que percibía más de lo que decía.

—El reactor fue silenciado, pero no cerrado del todo —dijo con tono grave—. Algo se filtró. Y ahora… está hablando desde el Hudson.

Un barco de carga pasó cerca, con sus luces titilando. De pronto, el casco comenzó a sacudirse violentamente. El agua burbujeó bajo él y una fuerza invisible lo levantó varios metros antes de dejarlo caer de golpe. El estruendo despertó a todo el vecindario.

Sirenas comenzaron a sonar en la distancia. El Bronx, Harlem, incluso Times Square parecían mirar hacia el río. La ciudad entera percibía que algo anormal estaba ocurriendo.

Charlesman se arrodilló y tocó el suelo del muelle. El Cristal-X pulsó en sincronía con el Hudson. En su mente aparecieron imágenes fugaces: un portal abierto bajo el agua, cadenas de energía rompiéndose, y figuras alargadas, oscuras, moviéndose más allá de la grieta.

Max gruñó, con el pelo erizado.

Valvi dio un paso adelante.

—No son rusos. No son humanos.

El agua explotó en un géiser. Una figura emergió, hecha de metal y líquido al mismo tiempo, con brazos que parecían tentáculos radiactivos. Sus ojos eran dos orbes brillantes como reactores en miniatura. No era un Hombre de Reacción Atómica clásico. Era otra cosa.

Charlesman retrocedió un paso, con el corazón latiendo en su garganta.

—Salieron de la grieta…

La criatura rugió, y al instante varias más emergieron, levantándose como sombras líquidas en la orilla. Su presencia hacía que los postes de luz parpadearan y que los vidrios de los almacenes cercanos estallaran en mil pedazos.

Valvi alzó su voz con firmeza.

—Charles, no son soldados. Son exploradores. ¡Alguien o algo está enviándolos desde el otro lado!

El niño levantó su brazo cristalino, que ahora ardía con un resplandor azul y dorado. Max se lanzó al frente, disparando ráfagas que apenas lograban ralentizar a los seres.

El río se agitó aún más, como si un monstruo gigantesco respirara bajo la superficie.

Charlesman gritó, con lágrimas de furia en los ojos:

—¡No dejaré que crucen!

Golpeó el muelle con su brazo cristalino. La energía se propagó en círculos, encendiendo las luces de los rascacielos cercanos como si la ciudad entera despertara en respuesta. Las aguas del Hudson brillaron, dibujando símbolos luminosos en la superficie, idénticos a los que había visto en Nasca.

Las criaturas rugieron, retrocediendo un instante. Pero la grieta seguía abierta. El Hudson susurraba con un lenguaje desconocido, y Charlesman lo comprendió en lo más profundo de su ser: esa no era una simple invasión… era el inicio de un llamado.

Valvi lo tomó del hombro.

—Niño… si el Hudson habla, significa que Nueva York es solo el comienzo.

Charlesman apretó los dientes, mirando el agua oscura que seguía ardiendo con símbolos.
—Entonces vamos a responderle.

El rugido del río se intensificó, y la noche sobre Nueva York quedó marcada por un hecho imposible de negar: el portal seguía vivo ⚡.

Capítulo 6: La sombra sobre la Estatua de la Libertad

El amanecer apenas asomaba, pero Nueva York no parecía despertar. El Hudson continuaba ardiendo en susurros invisibles, y desde la grieta abierta en sus profundidades, ecos extraños viajaban por toda la bahía. No eran palabras humanas, pero Charlesman los sentía en su pecho, como golpes sordos de un tambor cósmico.

Desde un helicóptero de la Guardia Costera, Charlesman, Valvi Star y Max observaban la isla de la Libertad. La estatua se erguía majestuosa contra el cielo gris, pero la escena estaba lejos de ser la de una postal tranquila: la niebla se arremolinaba alrededor del monumento, formando espirales antinaturales.

Valvi, con sus ojos clavados en la estatua, murmuró:

—No eligieron este lugar por casualidad. Ella es un símbolo… y los símbolos atraen energía. Si convierten la Estatua en un faro, toda la grieta del Hudson se abrirá como una herida.

Charlesman sintió un escalofrío. La antorcha, siempre encendida como promesa de libertad, ahora temblaba con destellos extraños. No era luz, sino radiación.

El helicóptero descendió en la isla. Apenas tocaron tierra, el suelo vibró. El agua alrededor burbujeó, y figuras emergieron: los nuevos invasores, mitad metal, mitad agua, levantándose como columnas vivientes. Sus ojos incandescentes miraban hacia la estatua, no hacia los héroes.

—¡Quieren poseerla! —gritó Charlesman.

Max se lanzó hacia adelante, disparando ráfagas que iluminaron la bruma. Valvi cerró los ojos y extendió los brazos, dejando que su voz hipnótica se filtrara en el aire como un canto oculto.

—Duerman… obedezcan… caigan al mar.

Decenas de las criaturas comenzaron a tambalear, retrocediendo como marionetas bajo su control. Pero no todas. Un grupo más grande escaló directamente la base de la estatua, sus cuerpos fundiéndose con el cobre oxidado. En segundos, la estatua comenzó a oscurecerse, como si estuviera siendo cubierta por una piel metálica viva.

Charlesman levantó su brazo cristalino, que brillaba con un ardor dorado.

—¡No se la llevarán!

El niño corrió hacia la base, saltando entre criaturas que intentaban frenarlo. Cada golpe de su puño cristalino desataba ondas de luz que abrían huecos en el enjambre enemigo.

Al llegar, vio cómo la antorcha de la estatua se iluminaba con un resplandor verde y púrpura, proyectando un rayo al cielo. La grieta en el Hudson respondió de inmediato: el agua se elevó como un muro, formando una columna que parecía querer engullir Manhattan entero.

Valvi gritó desde abajo, su voz cargada de urgencia:

—¡Charles, si la antorcha se convierte en el núcleo, perderemos toda la ciudad!

El niño no dudó. Escaló los pliegues metálicos de la estatua como si fueran montañas. El viento golpeaba con furia, y cada paso era resistido por los tentáculos de las criaturas que intentaban fundirse con el monumento.

Llegó a la corona. Desde allí, vio el río entero convertido en un espejo convulso, reflejando símbolos que no pertenecían a la Tierra. Era hermoso… y aterrador.

Max aulló desde abajo, sus ojos brillando como faros. Valvi mantenía a raya a las hordas, pero el cansancio la hacía tambalear.

Charlesman levantó su brazo cristalino y lo dirigió hacia la antorcha, ahora casi tomada por completo. El Cristal-X vibró con tanta fuerza que el niño cayó de rodillas. En su mente, escuchó el mismo murmullo que había nacido en Nasca, pero más oscuro, más insistente:

"Si nos liberas, el mundo no volverá a temer…"

El niño apretó los dientes, con lágrimas de rabia.

—¡No estoy aquí para liberarlos! ¡Estoy aquí para detenerlos!

Golpeó la antorcha con toda su fuerza. Un estallido cegador recorrió la estatua desde la base hasta la corona. La piel metálica comenzó a desprenderse en fragmentos ardientes, cayendo al mar como meteoritos.

El rayo que ascendía al cielo se quebró en mil destellos, y la grieta del Hudson rugió como un monstruo herido. El agua retrocedió, golpeando con violencia las costas, pero cerrándose poco a poco.

Los invasores chillaron, deshaciéndose en espuma y polvo radiactivo. Valvi, exhausta, cayó de rodillas en el muelle, jadeando, mientras Max corría hacia la base de la estatua, aullando victorioso.

Charlesman permaneció en la corona, el brazo aún encendido, respirando con dificultad. La estatua estaba libre otra vez, pero había quedado marcada: en la antorcha, una grieta luminosa permanecía, ardiendo como una cicatriz.

Korgath no estaba allí para decirlo, pero Charlesman lo supo en su corazón: no era un final, era apenas el comienzo.

Miró hacia el horizonte, donde el sol intentaba abrirse paso entre nubes grises. El Hudson aún susurraba, más bajo, más lejano… pero seguía hablando.

—Vendrán de nuevo —murmuró Charlesman—. Y yo estaré aquí para esperarlos.

La Estatua de la Libertad brilló con la primera luz del día, imponente, pero con una sombra invisible posada sobre ella: la sombra de la guerra que apenas comenzaba.

Capítulo 7: La conspiración en Wall Street

El sol apenas había despuntado entre los rascacielos de Manhattan, y ya la ciudad vibraba con un pulso extraño. No era el ruido habitual del tráfico ni los pasos apresurados de la multitud. Era algo más profundo, un rumor que se extendía por las calles como un eco invisible.

Charlesman lo sentía en el brazo: el Cristal-X palpitaba con un ritmo irregular, como si intentara advertirle de un peligro distinto al de las batallas pasadas.

Valvi Star lo notó también.

—No es el río esta vez —murmuró—. Es algo que fluye como corriente… pero de dinero.

Caminaron por el corazón financiero de la ciudad, donde el brillo de Wall Street contrastaba con la miseria del Bronx que habían dejado atrás. Los enormes paneles electrónicos proyectaban cifras que cambiaban con velocidad frenética, índices bursátiles que parecían danzar en rojo y verde. Pero entre esos números había un patrón: una secuencia repetitiva, oculta a simple vista.

—Son códigos —dijo Camila, ajustando sus gafas con el ceño fruncido—. Están usando las bolsas de valores como transmisores.

Charlesman entrecerró los ojos. Y entonces los vio: figuras trajeadas, con maletines de ejecutivo y relojes brillantes, que caminaban entre la multitud como cualquier hombre de negocios. Pero sus sombras eran distintas. Allí donde debería haber un contorno humano, se extendía un resplandor azulado, vibrante, como humo radiactivo.

—Son ellos —susurró Charlesman—. Los hombres de reacción atómica se han infiltrado.

Valvi apretó su abrigo y caminó hacia uno de ellos. Al pasar a su lado, sus ojos brillaron como espejos plateados.

—Mírame —dijo suavemente.

El supuesto ejecutivo se detuvo. Sus pupilas se dilataron, atrapadas en el embrujo de la heroína.

—Dinos quién te controla —ordenó Valvi, con voz hipnótica.

El hombre tembló. De su boca salió un murmullo metálico, como si no hablara solo él, sino una multitud.

—La Bolsa… es el reactor. Cada transacción, cada cifra, es energía. Cuando el índice llegue al punto cero… la ciudad colapsará por dentro.

Un destello atravesó sus ojos y el cuerpo se desintegró en polvo radiactivo, dejando tras de sí solo el maletín vacío.

Charlesman apretó los puños.

—Están usando la economía como arma.

En ese instante, el suelo tembló. Las pantallas electrónicas de Wall Street se encendieron a la vez, mostrando un mismo símbolo: un círculo con tres hélices, brillando en verde nuclear. Desde los túneles subterráneos, donde pasaban los trenes del metro, comenzaron a emerger nuevas figuras, más grandes, más deformes: hombres de reacción atómica blindados, con maletines incrustados en sus cuerpos como parásitos metálicos.

La multitud entró en pánico, corriendo en todas direcciones.

—¡No podemos dejar que controlen el mercado! —gritó Valvi—. Si alcanzan el índice cero, el sistema entero caerá… y con él, la ciudad.

Charlesman saltó sobre una marquesina, levantando su brazo cristalino. Un rayo dorado atravesó el aire, impactando contra uno de los colosos metálicos. El enemigo estalló en una nube de chispas, pero tres más aparecieron en su lugar, avanzando como tanques vivientes hacia la Bolsa de Nueva York.

Max corrió entre ellos, sus ojos rojos disparando haces que explotaban contra las piernas de los monstruos. Pero el enemigo resistía, reconstruyéndose con pedazos de metal y concreto arrancados de las mismas calles.

Valvi cerró los ojos, extendiendo sus manos. Su voz hipnótica se elevó por encima del caos:

—¡Deténganse! ¡Obedezcan a mi voluntad!

Algunos titubearon, frenados por el poder de su mente. Pero los más grandes rugieron, sus pechos abriéndose para liberar una radiación que cortó el aire como cuchillas invisibles.

Charlesman corrió hacia la entrada de la Bolsa, donde las puertas blindadas comenzaron a cerrarse solas, atrapadas por el control enemigo. El niño hundió su brazo cristalino en el suelo. Las calles de Manhattan respondieron como si fueran líneas vivientes: una grieta dorada se abrió bajo los pies de los atacantes, devorando a varios antes de cerrarse con un chasquido brutal.

Pero no era suficiente. En el interior del edificio, el eco del Cristal-X le mostró la verdad: debajo de la Bolsa no había solo bóvedas de dinero. Había un **reactor atómico oculto**, alimentado por cada transacción que parpadeaba en las pantallas.

Charlesman jadeó, con el sudor corriendo por su frente.

—Están transformando la economía en energía nuclear viva…

Valvi, resistiendo el avance con la fuerza de su mente, lo miró.

—Entonces debemos cortar su red desde adentro.

El niño asintió. Max gruñó con los colmillos descubiertos.

La batalla apenas comenzaba. Y en las entrañas de Wall Street, latía un poder capaz de arrasar Nueva York entero.

Capítulo 8: El colapso de Wall Street

La puerta blindada de la Bolsa de Nueva York se cerró con un estruendo metálico, sellando el paso detrás de Charlesman, Valvi y Max. El ruido del caos en las calles se volvió un eco lejano, sustituido por un zumbido profundo que venía de las entrañas de la tierra.

Charlesman frunció el ceño.

—Ese sonido… es como un corazón latiendo.

Caminaron por los pasillos vacíos de mármol, cuyas paredes estaban cubiertas de pantallas que mostraban números en caída libre. Las gráficas rojas parpadeaban como heridas abiertas. En cada cifra, Charlesman podía sentir la vibración del Cristal-X: **cada pérdida de dinero era energía que fluía hacia abajo**.

Valvi acarició la pared, sus ojos brillando en plata.

—Están drenando la economía en tiempo real. La gente cree que solo está perdiendo acciones… pero lo que de verdad están perdiendo es la vida de la ciudad.

Al llegar a la bóveda principal, la visión los golpeó de lleno:

Bajo el suelo, un reactor colosal palpitaba como una esfera incandescente, sostenida por columnas metálicas que parecían huesos de un titán enterrado. En su superficie, miles de datos bursátiles giraban como runas digitales, y con cada fluctuación, la máquina escupía ráfagas de energía verde nuclear que sacudían el aire.

Entre ellos y la esfera se levantaba una legión de Hombres de Reacción Atómica. No vestían trajes de negocios esta vez: eran híbridos completos, sus cuerpos fusionados con las pantallas y el acero de Wall Street. Algunos tenían brazos de ticker digital, otros rostros sin facciones salvo por símbolos numéricos que ardían en rojo.

Valvi se adelantó, extendiendo sus manos.

—¡Charles, corre al núcleo! ¡Yo los retendré!

Sus ojos brillaron con intensidad. La sala se llenó de su voz hipnótica, resonando como un canto imposible de ignorar.

—¡Deténganse! ¡Congélense en sus propios números!

Los monstruos titubearon. Algunos se quedaron rígidos, atrapados en la ilusión de Valvi, como si se vieran a sí mismos atrapados en gráficas infinitas. Pero los más poderosos rugieron, liberando descargas de radiación que rompieron el hechizo.

Charlesman no dudó. Corrió hacia el reactor, esquivando escombros y ráfagas de energía. El Cristal-X en su brazo brillaba tanto que iluminaba las paredes como un sol subterráneo.

Max saltaba a su lado, lanzando rayos desde sus ojos para cubrirlo.

Cuando llegaron al pie de la esfera, Charlesman colocó su mano cristalina sobre la superficie. Un grito de dolor lo atravesó: el reactor estaba vivo, y lo reconocía. Miles de voces lo susurraban en un idioma que no era humano, un coro de transacciones, órdenes de compra, caídas, quiebras.

—"El mercado nunca muere… nosotros somos eternos…"

Charlesman apretó los dientes.

—¡No! ¡Nadie controla a esta ciudad más que su gente!

Con un rugido, descargó energía dorada en el núcleo. La esfera tembló, los números chisporrotearon, pero el reactor resistía.

Entonces Valvi gritó desde el campo de batalla, rodeada por los híbridos que intentaban romper su control:

—¡Charles, no puedes destruirlo solo! ¡Necesitas reiniciarlo! ¡Dale un nuevo comando!

Charlesman cerró los ojos. El eco de las líneas de Nasca volvía a su mente, pero ahora no eran figuras en la arena, sino rascacielos, túneles, puentes: la red de Nueva York. La ciudad misma era el nuevo geoglifo.

Inspiró profundo y hundió su brazo aún más en el reactor.

—¡Nueva York, despierta!

Una explosión dorada recorrió la sala. El reactor rugió, y todas las pantallas de Wall Street en la superficie se apagaron al mismo tiempo. Las transacciones se detuvieron, el flujo de números se congeló. Los híbridos se derrumbaron en polvo metálico, desintegrados sin su fuente de energía.

La esfera se apagó poco a poco, como un corazón que finalmente se calma.

Valvi cayó de rodillas, exhausta pero sonriente.

—Lo lograste… detuviste el colapso.

Charlesman jadeaba, con el sudor resbalando por su frente. El Cristal-X aún brillaba, pero con un pulso más sereno, como si hubiera ganado una batalla interna.

Entonces, desde lo alto de la bóveda, un murmullo metálico descendió como un trueno:
—Creen haber vencido… pero el colapso era solo el inicio.

Charlesman levantó la vista. Entre las sombras, una figura gigantesca, con un rostro cubierto por un casco blindado y ojos rojos incandescentes, los observaba.

Valvi tragó saliva.

—Ese no es un soldado… es su general.

Max gruñó con los colmillos descubiertos.

El verdadero enemigo acababa de revelarse.

Capítulo 9: El general atómico

El silencio en la bóveda subterránea era opresivo. Las paredes, aun vibrando tras el apagón del reactor, parecían contener un secreto más oscuro que los números caídos. Desde lo alto, entre columnas metálicas y pantallas rotas, la figura del **General Atómico** descendió como un dios de guerra.

Su cuerpo era una amalgama de acero negro y energía nuclear. Los músculos parecían cables retorcidos, y en su pecho latía un núcleo verde que palpitaba como un reactor portátil. Pero no era su fuerza lo que imponía respeto, sino su mirada: **dos ojos rojos que no solo veían, sino que analizaban, calculaban, predecían**.

Valvi dio un paso atrás, sus pupilas plateadas intentando penetrar su mente.

—Si crees que tu voluntad es férrea… yo puedo quebrarla.

El general sonrió, un gesto metálico y sin alma.

—He estudiado a los tuyos. Hipnosis, sugestión, ilusiones… trucos de teatro. —Su voz era profunda, como si hablara una máquina y un hombre a la vez—. Pero yo no pienso en líneas rectas. Mi mente es un reactor cuántico: cada posibilidad, cada jugada, ya ha sido simulada.

Charlesman apretó el puño, el Cristal-X vibrando en su brazo.

—¡Pues calcula esto!

Saltó hacia adelante y descargó un rayo dorado que partió el aire como un relámpago. El General apenas levantó una mano: un campo de energía lo desvió, absorbiéndolo.

—Predecible —dijo con calma.

Valvi lanzó entonces su ataque. Sus ojos se iluminaron y su voz reverberó en el aire:
—¡Ríndete a tus propios miedos, véete caer!

Por un instante, el General pareció tambalearse. Las paredes se transformaron en su mente: veía la desintegración de sus tropas, la derrota de su causa, su propio reactor apagándose. Pero entonces, con un rugido, abrió los ojos.

—Ilusión registrada. Contramedida activada.

Un pulso radiante explotó desde su núcleo, rompiendo la sugestión como cristal. Valvi cayó de rodillas, exhausta, sangrando por la nariz.

Charlesman corrió hacia ella, pero el General apareció frente a ambos en un destello de energía. Lo sujetó por el brazo cristalino y lo levantó en el aire.

—Tú eres el verdadero experimento. El Cristal-X no es un arma… es una llave. Y yo soy el único que puede girarla.

El niño gritó de dolor, sintiendo cómo su brazo vibraba fuera de control, como si el núcleo del General intentara sincronizarse con el Cristal. La voz oscura en su interior volvió a susurrar:

“Fúndete con él… entrégate… juntos serán imparables.”

Max saltó en ese momento, mordiendo la pierna metálica del enemigo y lanzando un rayo rojo directo a su reactor. El impacto lo obligó a soltar a Charlesman, que rodó por el suelo jadeando.

Valvi, aún débil, gritó:

—¡Charles! ¡No pelees en su terreno! ¡Él calcula, anticipa… debes ser impredecible!

El niño se puso en pie, temblando, con el brazo encendido como un sol en miniatura. Cerró los ojos un instante, respiró, y recordó algo: las líneas de Nasca no seguían un solo camino, eran patrones caóticos, infinitos, siempre cambiantes.

Abrió los ojos y sonrió con ferocidad.

—Entonces juguemos a lo imposible.

Corrió hacia el General, pero en lugar de atacar directo, comenzó a lanzar ráfagas en ángulos extraños, rebotando en el suelo, las paredes, incluso en columnas caídas. El Cristal-X generaba trayectorias que no seguían lógica alguna, como si fueran fragmentos de un dibujo incompleto.

El General intentaba anticiparse, pero cada disparo lo obligaba a recalcular. Su reactor zumbaba cada vez más fuerte, frustrado.

—¡Esto… no puede ser…!

Charlesman saltó sobre una de las columnas y gritó:

—¡Las líneas no son rectas, son infinitas!

Descargó una explosión caótica, imposible de predecir. El rayo dorado golpeó el reactor del General de lleno, lanzándolo contra la bóveda. El impacto sacudió todo Wall Street.

La máquina viviente cayó de rodillas, humo verde escapando de su pecho. Pero aún no estaba derrotado. Con un rugido furioso, se levantó y señaló a Charlesman.
—Eres peligroso, niño. Pero el próximo cálculo será tu fin.

El suelo comenzó a temblar. Las ruinas de los soldados atómicos en la sala empezaron a reconstituirse, absorbiendo energía del reactor del General. Una **nueva horda** nacía, más grande y más fuerte que la anterior.

Charlesman, jadeante, se colocó en guardia junto a Valvi y Max.

Sabía que la verdadera batalla no había hecho más que empezar.

General Atomic

Capítulo 10: La última chispa de Nueva York

La noche ardía sobre Manhattan. Los rascacielos brillaban a medias, algunos colapsando tras la caída de Wall Street. Las alarmas sonaban en toda la ciudad, y desde el Hudson, una ola de energía verde se extendía como un cáncer, marcando el camino del **General Atómico** hacia la superficie.

Desde la cima del Empire State, Charlesman observaba el desastre. A su lado, Valvi Star sostenía su frente, aún debilitada por la confrontación psíquica. Max gruñía, con los ojos rojos encendidos, listo para lanzarse al infierno.

Entonces ocurrió: la Estatua de la Libertad se iluminó con un resplandor nuclear. El reactor del General emergía desde las profundidades, y con él, **una horda interminable de hombres atómicos**, marchando sobre las aguas como si fueran tierra sólida. El símbolo más grande de la libertad estaba a punto de ser convertido en un **faro de invasión**.

—Nueva York será el epicentro —dijo Valvi, con la voz quebrada—. Si el General toma la Estatua, abrirá un portal estable. ¡El mundo entero quedará a su merced!

Charlesman apretó el puño cristalino, que vibraba como un corazón a punto de estallar.
—Entonces aquí lo detenemos. Cueste lo que cueste.

La batalla sobre el Hudson

El cielo rugió cuando el General apareció, más imponente que nunca, su cuerpo desbordando radiación. Con un solo gesto levantó a su ejército, y Manhattan tembló bajo el peso de miles de pasos metálicos.

—¡Este será el nuevo amanecer! —tronó, su voz retumbando por todos los puentes de la ciudad.

Charlesman descendió en un rayo dorado, golpeando a la primera oleada de soldados. Max corrió por las aguas como si fueran asfalto sólido, disparando ráfagas rojas que abrían surcos en el ejército.

Valvi se mantuvo en lo alto de Liberty Island. Sus ojos plateados se encendieron, lanzando su poder de hipnosis sobre cientos de enemigos a la vez. Por un instante, docenas de hombres atómicos se volvieron contra sus propios compañeros, ralentizando el avance.

Pero el General no se dejó engañar.

—¡Tus trucos son ecos sin sentido! ¡Yo soy cálculo, yo soy futuro!

Descargó un pulso atómico que derribó a Valvi. La heroína cayó de rodillas, jadeando. Charlesman gritó su nombre, pero no tuvo tiempo de correr hacia ella: el General ya estaba sobre él.

Cristal contra reactor

El choque fue brutal. El puño del General, recubierto de energía nuclear, chocó contra el brazo cristalino del niño. La explosión iluminó todo Manhattan como si el sol hubiera nacido en medianoche.

—¡Eres fuerte, pero solo eres un niño! —rugió el General, presionando con fuerza.

—¡Y tú… solo eres una máquina sin alma! —respondió Charlesman, resistiendo.

El Cristal-X ardía. El susurro dentro de su mente se convirtió en un grito:

"Libérame por completo… o perecerás con ellos."

Charlesman entendió. Si usaba todo el poder, tal vez ganara… pero también podía quemarse para siempre.

Miró a Valvi, que lo observaba con los ojos brillantes de fe. Miró a Max, que seguía peleando aun con el pelaje chamuscado. Y tomó la decisión.

La chispa final

Clavó el brazo en el suelo de Liberty Island. El Cristal-X estalló, conectándose con los rascacielos, los puentes y hasta los túneles subterráneos. Nueva York entera se iluminó con líneas de energía dorada, como si la ciudad misma fuera un gigantesco geoglifo.

—¡Este es mi mundo! ¡Y no te lo voy a entregar!

De la Estatua de la Libertad surgió un haz monumental. La antorcha se convirtió en un sol cegador que desató una onda expansiva. Los hombres atómicos se desintegraron uno por uno, reducidos a polvo radiactivo que el viento arrastró al mar.

El General rugió, intentando resistir. Su reactor brillaba al máximo, a punto de explotar.
—¡No puedes detener la fisión infinita!

Charlesman gritó con toda su fuerza y descargó la chispa final. El Cristal-X lanzó un rayo dorado directo al núcleo del General. Por un instante, el tiempo pareció detenerse.

Entonces… silencio.

El cuerpo del General estalló en mil fragmentos de luz verde, que se desvanecieron en el aire como cenizas brillantes. El Hudson se calmó. Los rascacielos dejaron de temblar. Y la antorcha de la Estatua brilló una última vez antes de apagarse suavemente.

Epílogo en el amanecer

Charlesman cayó de rodillas, exhausto. Su brazo cristalino humeaba, apenas sosteniéndose. Max se acercó y apoyó su cabeza en su hombro, mientras Valvi lo abrazaba, con lágrimas de alivio en los ojos.

La ciudad estaba a salvo. Nueva York respiraba.

Pero en lo profundo del Cristal-X, Charlesman aún escuchaba un eco:

“Has ganado esta batalla… pero yo ya desperté. Y el universo nos está mirando.”

El niño miró hacia el amanecer que iluminaba Manhattan. Sabía que esta no era una victoria final, sino una chispa en una guerra mucho más grande.

Apretó el puño, acarició a Max y sonrió débilmente.

—Que vengan. Yo los esperaré.

Y así, con la Estatua de la Libertad erguida tras él, comenzó la próxima promesa de Charlesman: defender no solo Nueva York… sino al mundo entero.

⚡ Fin de la Saga: *Charlesman en Nueva York* ⚡ - Continuara -